

IV. TEXTO INÉDITO

LA GEOGRAFÍA DEL GÉNERO*

Maria Dolors Garcia-Ramon

Todo conocimiento es una construcción social y, como tal, refleja las condiciones en que se produce y se transmite en la sociedad que le rodea: en este sentido, es posible afirmar que, en buena parte, los estudios de género en geografía (como en otras ciencias sociales) vienen a ser la expresión académica del movimiento feminista. Se ha definido la geografía del género como aquella que toma en consideración de forma explícita la estructura de género de la sociedad y que examina las formas en que los procesos socio-económicos, políticos, culturales y ambientales crean, reproducen y transforman no solo los lugares sino también las relaciones de género entre los hombres y las mujeres que lo habitan. La propuesta postmoderna, que implica un programa de deconstrucción radical de los códigos de la mente humana y de la esencia de la cultura, halla en los estudios de género un ejemplo óptimo de replanteamiento de algunas estructuras de poder y de relaciones que no habían sido cuestionadas durante la Modernidad.

La propuesta postmoderna implica un programa de deconstrucción radical de los códigos de la mente humana y de la esencia de la cultura; pone el énfasis en la heterogeneidad y la diferencia y rechaza las grandes teorías y las tendencias totalizadoras. Aparece así una nueva sensibilidad hacia lo que es

* Texto, traducido del original en catalán, de los apuntes (tema 10.2) correspondientes a la asignatura «Pensamiento geográfico» del Grado en Geografía y Ordenación del Territorio, impartida virtualmente, «en red», desde la Universitat Autònoma de Barcelona.

alternativo y subalterno, hacia todo aquello que, en el contexto moderno, fue menospreciado y marginado por desviarse de lo que era considerado normativo y canónico. Las geografías sociales se enriquecen notablemente gracias a esta nueva mirada ya que introducen análisis alternativos, metodologías no reduccionistas y contenidos fuera de los canales tradicionales jerárquicos y estructurados. Es así como surge un interés por el cuerpo, el sexo, las minorías, los marginados, los excluidos, así como en las territorialidades que la su expresión lleva implícita.

Los estudios feministas y de género ante los «saberes situados»

Según Linda McDowell, los estudios feministas concentran su atención en «las formas en las que las relaciones jerárquicas entre los géneros son “afectadas por” y, a la vez, “marcadas en” las estructuras espaciales de las sociedades, tal y como sobre las teorías que pretenden explicar estas relaciones». De estos estudios, que tienen su origen lejano en los movimientos feministas de principios de los años sesenta, pueden distinguirse tres grandes etapas.

La primera está asociada a la geografía del bienestar que, con un objetivo claramente empírico, pretendía denunciar y corregir el sesgo masculino dominante demostrando, gracias a técnicas cuantitativas y poca reflexión teórica, los diferentes usos del espacio doméstico y urbano o el distinto acceso a los lugares de trabajo. La inspiración marxista marcó la segunda etapa de la geografía del género, dedicada a teorizar y evaluar cómo las formas de expansión del capitalismo han utilizado y perpetuado el patriarcado y su jerarquización explícita entre hombres y mujeres.

La tercera etapa, sin renunciar a los contenidos de las dos anteriores y sin una unidad clara de criterios, entronca plena-

mente con las posiciones postmodernas, reflexivas y deconstructivistas en relación con las metanarrativas de la ciencia racional: no solo se pretende rectificar el evidente androcentrismo que ha caracterizado el pensamiento científico hasta el momento presente, sino denunciar su falocentrismo (en el sentido de ser un posicionamiento autogenerado, masculino y singular que produce su propia forma de poder y de pensamiento sin preocuparse de nada ni de nadie). La propuesta busca deconstruir una concepción dual del mundo basada únicamente en el enfrentamiento entre lo masculino y lo femenino, la cultura y la naturaleza, lo intelectual y lo emocional, lo racional y lo mágico, para así plantear una relectura de las conceptualizaciones todavía vigentes sobre el espacio.

Así pues, mientras la «geografía de las mujeres» de los primeros tiempos buscaba tan solo situar la investigación hecha sobre mujeres a un mismo nivel que la de los hombres (en lo que respecta a estadísticas, temas, etc.), ahora, desde la óptica postmoderna, se pretende deconstruir una concepción dual del mundo basada en la dicotomía hombre-mujer, masculino-femenino, etc.

Algunas geógrafas feministas enmarcan estas reivindicaciones en la crítica abierta por los «saberes situados» argumentados por Donna Haraway: los científicos son simples y modestos testigos de la realidad y no es legítimo que, abusando de su posición, impongan una visión del mundo única, final y prepotente (y, así pues, machista y racista). Ante las redes de poder que implica la formulación del saber único, se trata, según Haraway, de defender los saberes «limitados», «específicos» y «parciales» marcados por su «hibridez» y capaces de integrar la subjetividad de sus autores «en el interior de la matriz de las relaciones sociales».

A menudo el postcolonialismo se ha presentado en paralelo a ciertas preocupaciones de género, en la medida que el discurso de conquista y apropiación del espacio colonial fue

esencialmente masculino y de clase media-alta: una forma de subvertir este discurso es exhumando testigos subalternos, a ser posible de mujeres viajeras por las zonas anteriormente colonizadas, dado que su experiencia y percepción contribuyen a reinterpretar los procesos de colonización. Un buen ejemplo de ello es el caso de Isabelle Eberhardt, que fue una de las personas determinantes en la política británica sobre Oriente Medio a principios del siglo XX y quien, en otras acciones, trazó las fronteras del actual Irak: exhumar y revisar sus relatos de viajes ha permitido una reinterpretación de buena parte de la historia sobre aquellos lugares y aquella época, reconduciendo muchas de las concepciones que se nos han ido transmitiendo a lo largo de los años y que han hecho, por ejemplo, menospreciar su rol por el hecho de ser mujer, encumbrando el protagonismo de hombres como Winston Churchill o T.E. Lawrence (Lawrence de Arabia) a pesar de tener un papel menos destacado en aquella época y región.

Geografía y género

La consolidación de los estudios de género en la geografía académica es un hecho destacado en la historia de nuestra disciplina pero se observa una diferencia muy grande según cada contexto espacial: en los países anglosajones (que es donde se originaron a principios de los años ochenta) su desarrollo ha sido muy amplio, tanto desde una perspectiva teórica como metodológica, pero en los países latinos la «normalización» del enfoque de género en la práctica geográfica es todavía una asignatura pendiente. Hasta hace bien poco todavía se consideraba la sociedad y el territorio como un conjunto neutro, asexuado y homogéneo; es verdad que a menudo se tenían en cuenta las diferencias de clase, pero sin plantear las importantes diferencias que existen entre hombres y mujeres en el uso del espacio y del entorno. Si bien es cierto que la geografía ha

incorporado con retraso el enfoque de género, también lo es que su expansión y aceptación ha sido muy rápida en comparación con lo que sucedió en otras disciplinas.

Jo Little ha definido la geografía del género como la que «examina las formas en que los procesos socio-económicos, políticos y ambientales crean, reproducen y transforman, no solo los lugares donde vivimos, sino también las relaciones sociales entre los hombres y mujeres que viven allí y, a la vez, también estudia como las relaciones de género afectan estos procesos y sus manifestaciones en el espacio y en el entorno». Ana Sabaté, en un excelente manual sobre el tema escrito en castellano, define la geografía feminista como «aquella que incorpora las aportaciones teóricas del feminismo a la explicación e interpretación de los hechos geográficos». Cabe afirmar que en el mundo anglosajón los conceptos «geografía feminista» y «geografía del género» son prácticamente intercambiables, mientras que en los países latinos la geografía feminista tiene una connotación más militante y la geografía del género una connotación más académica. En cualquier caso, el término «género» se refiere siempre a las diferencias originadas socialmente y culturalmente entre lo femenino y lo masculino, mientras que el término «sexo» se refiere a las diferencias biológicas entre hombre y mujer.

Lo que es cierto es que la geografía del género (y/o geografía feminista) va mucho más allá que la llamada «geografía de las mujeres» de los primeros tiempos en la que simplemente se estudiaban las mujeres de una manera estadística, pero en cambio, no se tenía en cuenta la construcción social del género. Y todavía más, hoy en día está claro que la geografía del género no tiene que ser cultivada solo por mujeres ni debe dedicarse a estudiar solo a las mujeres (a pesar de que no se niega que esto fuese necesario en una etapa inicial) sino que los estudios actuales más interesantes e innovadores ponen su énfasis en el estudio comparativo de los roles de género asignados tanto a

hombres como a mujeres. Cabe añadir también que no solo es importante que se incluyan los hombres como objeto de estudio, sino que también lo es que ellos mismos investiguen en esta temática, cosa que afortunadamente ya está sucediendo en los últimos años.

Geografía del género: del paradigma positivista a la crítica radical

A lo largo de su trayectoria, la geografía del género se ha valido de diversos paradigmas a través de los cuales ha expresado sus intereses y objetivos. Inicialmente la geografía teórico-cuantitativa, debido a su preferente interés por las regularidades espaciales y ante su obsesión por la objetividad y la neutralidad, dejó de lado muchos temas relacionados con el cambio social, entre los cuales los aspectos vinculados con el género. Gracias a la geografía de la percepción, que abrió las primeras rendijas en el paradigma positivista, se llevaron a cabo los primeros trabajos sobre el comportamiento específico de las mujeres respecto al espacio. Los estudios bajo esta perspectiva se centraban simplemente en la constatación de las pautas de desplazamiento diferenciadas entre hombres y mujeres ya se tratase del viaje al lugar de trabajo, al acceso a los servicios, etc., a menudo utilizando el modelo espacio-temporal de Hägerstrand. En los estudios sobre el desplazamiento al puesto de trabajo, en todo el mundo se constata que las mujeres no solo tienden a viajar menos que los hombres, sino que hacen trayectos más cortos y, además, utilizan los transportes públicos mucho más a menudo. En este tipo de estudio (todavía de tipo teórico-cuantitativo y que se podría clasificar como «geografía de las mujeres») lo más importante era hacer visible la vida de las mujeres y su limitado acceso al espacio y al entorno, sin interés en entrar en el estudio de las relaciones de género.

Pero ya en la segunda mitad de los años setenta se intentó trascender en la búsqueda de un marco teórico para comprender (y no solo describir) las desigualdades entre hombres y mujeres en relación con el espacio y el entorno. Una buena parte del esfuerzo se centró en el desarrollo de categorías marxistas de análisis; las relaciones capitalistas se identificaron como una causa importante de dicha desigualdad, sobre todo como un factor que la aumentaba. Se plantearon las relaciones de género dentro del marco conceptual más amplio de las relaciones sociales y se explicó la subordinación de la mujer sobre una base materialista: la de la capacidad reproductora. Este enfoque fue muy importante en la Gran Bretaña, en torno al Women and Geography Study Group (WGSG, fundado en 1980) del Institute of British Geographers y que tuvo un papel esencial en el desarrollo de esta perspectiva. El WGSG sigue manteniendo una amplia actividad de investigación y es responsable de la organización de muchos seminarios, congresos y publicaciones.

Es cierto que la geografía marxista ponía mayor énfasis en el estudio de la esfera de la producción que en la de la reproducción (que es donde las mujeres son más visibles) pero también es cierto que las geógrafas británicas hicieron un esfuerzo muy importante para poder adaptar las categorías marxistas a los estudios de género. Uno de los grandes temas en los que se han centrado los trabajos de esta línea, han sido el análisis de la ocupación femenina: de esta manera se ha podido constatar cómo la mano de obra femenina ha resultado particularmente atractiva para aquellas empresas que buscaban espacios para procesos de trabajo poco cualificados (y mal remunerados) de ensamblaje o con actividades rutinarias; las mujeres han sido una fuente de mano de obra no especializada (al menos, en teoría), barata, flexible y dócil. El enfoque materialista y el concepto de clase resultaron ser muy eficaces para explicar esta subordinación de la mujer en el mercado de trabajo en lugares y épocas muy diferentes, tanto en la Inglaterra del XIX y XX, como en la Grecia de

los años setenta o la Papúa-Nueva Guinea contemporánea, por citar algunos lugares analizados bajo esta perspectiva.

La investigación sobre el trabajo femenino remunerado implicó el estudio de los vínculos entre el trabajo doméstico de la mujer y su situación en el mercado de trabajo, y conllevó, pues, a la exploración del concepto de patriarcado, sobre el que no se había insistido mucho en un primer momento. La débil posición de la mujer en el mercado de trabajo ayuda a la concentración y segregación de la ocupación en unos sectores determinados, generalmente muy poco cualificados. De hecho, esta segregación está en la base de la baja cualificación y los bajos salarios que tienen las mujeres. Ante el papel esencial que juega el hogar en la perpetuación de nuestro sistema socio-espacial, se propuso, para los estudios de género, una mirada integradora entre el mundo del trabajo y el mundo del hogar que permitiese recuperar una aproximación más amplia del concepto de trabajo que incluyese no solo el remunerado (que tiene valor de cambio) sino también el trabajo «invisible», que solo tiene valor de uso pero que es crucial para la pervivencia del sistema social. Este enfoque integrador es una aportación muy innovadora porque permite romper las barreras tradicionales (y artificiales) entre la geografía económica (el estudio de la producción) y la geografía social (geografía de la distribución y del consumo, mucho más relacionada con la esfera de la reproducción). En nuestro país, algunas investigaciones han permitido evidenciar la relevancia metodológica de esta perspectiva integradora entre el hogar y el trabajo haciéndose «visible», por ejemplo, el trabajo de la mujer campesina en el seno de la explotación familiar.

La contribución de la geografía humanística y del debate postmoderno

La geografía humanística también influenció, a partir de fines de los años setenta, los estudios de género, sobre todo en los

Estados Unidos, y puso el énfasis en el papel que las experiencias, sentimientos y percepciones juegan en el análisis geográfico. La mayoría de los análisis se centraron en el estudio del espacio privado, el espacio cotidiano y el espacio doméstico, así como en la adscripción tradicional de las mujeres a los espacios «privados» y de los hombres a los «públicos». A menudo se remarcó la diversidad cultural de las mujeres y a partir de las contribuciones del psicoanálisis se llegó a plantear que las vías de conocimiento y comprensión para las mujeres son cualitativamente diferentes que las de los hombres. La geografía humanística contribuyó a hacer relevantes muchas dificultades, sentimientos y sensaciones de las personas (y, así pues, de las mujeres) en relación a los espacios públicos, iniciándose un camino de diálogo y de propuestas junto con los urbanistas para sugerir diseños alternativos.

Los conceptos de lugar y de identidad son básicos en muchos de estos trabajos; se trata de estudiar cómo las mujeres se identifican con los lugares, qué valoran del entorno, cómo expresan sus sentimientos sobre los lugares, qué tipo de lugares crean las mujeres y cómo la configuración de los lugares puede tener en cuenta a las mujeres. El estudio del paisaje también es fundamental y se examina la diversidad de respuestas y de experiencias que experimentan las mujeres según, por ejemplo, la etnia, la clase y la edad. Se han llevado a cabo trabajos sobre paisajes y situaciones muy diversas; por ejemplo, la comparación entre la valoración del campo y los espacios abiertos de la ciudad por parte de las inmigrantes asiáticas en Londres y por parte de las inglesas blancas; un trabajo sobre el paisaje desértico del suroeste de los Estados Unidos en el que se plantea la cuestión de las relaciones entre el sentido de identidad de las mujeres (indo-americanas, hispano-chicanas y anglo-americanas) y el paisaje en un contexto multicultural. Es interesante constatar que se amplía el concepto tradicional de paisaje geográfico (normalmente entendido como el «paisaje

exterior») para incorporar los ámbitos interiores, en particular el hogar, y así poder asimilar cómo las mujeres crean paisajes y como expresan el sentido personal de lugar y de identidad.

Ya en la década de los noventa, el postmodernismo, el postcolonialismo y el llamado «giro cultural» están en la base de muchas de las discusiones teóricas en geografía, y es cierto que la geografía del género ha sido pionera en la introducción del debate postmoderno en la disciplina. De hecho, la geografía feminista y el postmodernismo comparten una visión crítica del pensamiento occidental y de sus pretensiones totalizadoras y universales, y no creen en la existencia de un conocimiento «real» que sea universal, neutral, objetivo y producto exclusivo de la razón y de la lógica. Desde esta perspectiva ontológica, todas las categorías de análisis deben «deconstruirse» y tienen que adaptarse a los diferentes lugares y circunstancias; y la geografía del género tiene una larga experiencia (obligada) de «deconstrucción». Por ejemplo, el concepto de clase social se ha tenido que adaptar a contextos culturales muy diversos en los que se daban relaciones patriarcales de muy diversa índole; asimismo, se han incorporado las ideas de la teoría de la diferencia, y las nuevas posiciones teóricas invitan al estudio de la complejidad de las experiencias de vida de las «mujeres» (y no de la «mujer»); también invitan a combinar la dimensión de género (que es aplicable tanto a las mujeres como a los hombres) con otras causas de la diferencia, como pueden ser la etnicidad, la clase social, la sexualidad o la nacionalidad. La discusión sobre la diferencia y sobre el significado del lenguaje y el contexto ha impulsado la geografía del género a plantearse la cuestión de la identidad y la representación, que ya eran, de hecho, los temas estrella de la geografía de finales del siglo XX.

También cabe mencionar que el giro cultural y el postmodernismo han revitalizado el debate metodológico en la geografía en general y en la geografía feminista en particular. A menudo, en círculos feministas, se ha afirmado que la investi-

gación racional, cuantitativa y objetiva está ligada a la masculinidad y que la investigación «blanda», cualitativa y emocional, está más vinculada a la feminidad. Pero cabe decir que la opinión actual más extendida en geografía (incentivada probablemente por el debate postmoderno) es que hay que dejar a un lado estas concepciones dualistas (y de adscripción rígida a los géneros) y que se tienen que crear estructuras mentales nuevas que no sean oposicionales, porque lo único que es importante en la elección del método es el rigor de análisis y los objetivos de estudio. Así, se podría decir que en la geografía del género actual no existe un método feminista de análisis, aunque en la práctica se observe un sesgo claro hacia los métodos cualitativos e intensivos.

Este sesgo es debido a diferentes factores. Por un lado, es cierto que los métodos cuantitativos se han adscrito a un modelo positivista de ciencia, algunos principios del cual (neutralidad y objetividad) son difícilmente conciliables con el proyecto feminista. Por otro lado, los datos estadísticos (que son los que están en la base de estos métodos) a menudo no desagregan por sexo o no ofrecen los matices necesarios para un análisis desde la perspectiva de género. Por ejemplo, muchos censos solo ofrecen información sobre el trabajo remunerado y no sobre el trabajo denominado «invisible», mayoritariamente llevado a cabo por las mujeres. Además, a menudo solo los métodos intensivos o cualitativos ofrecen la posibilidad de estudiar procesos sociales poco estandarizados, como es el caso de muchos de los temas que se estudian desde una perspectiva de género.

De hecho, se puede afirmar que la geografía del género ha contribuido de forma muy substancial al debate teórico y metodológico de la geografía de finales del siglo XX y de esta manera ha contribuido a que la geografía fuese capaz de enfrentarse y abordar los retos que se le plantean a principios del tercer milenio.

La normalización de los estudios de género

En las décadas de 1980 y 1990 los estudios urbanos y los rurales, los de teorías y métodos, y los que versaban sobre el mercado laboral fueron los predominantes en el marco de la geografía del género. Desde entonces ha habido un interés creciente por los temas relacionados con el turismo, los viajes y el ocio, la salud, la sexualidad y la masculinidad.

La «normalización» de los estudios de género en la práctica de nuestra disciplina empieza a ser ya una realidad bien tangible a principios del siglo XXI a pesar de que dicha normalización solo es plena en los países anglosajones. Y si bien es cierto que la breve historia de este enfoque se ha valido de diversos paradigmas geográficos, cabe remarcar la importancia específica que ha tenido esta perspectiva en los trabajos de la geografía radical en los años ochenta y en el debate postmoderno de la década de los noventa. La incorporación reciente de las ideas sobre la teoría de la diferencia invita a estudiar la complejidad de las experiencias de la vida de las «mujeres» (y no de la «mujer») y al estudio de la masculinidad en relación con el espacio y el entorno. De la misma manera, la discusión sobre la diferencia y sobre el significado del lenguaje ha impulsado también el análisis de las cuestiones relacionadas con la identidad y la representación. Así, el valioso bagaje teórico y metodológico que la geografía del género (y/o la geografía feminista) ha desarrollado hasta la fecha, puede contribuir a hacer que la geografía esté más preparada para responder a las demandas que el futuro inmediato plantea y para ayudar a construir una sociedad más plural y más equitativa en la relación entre hombres y mujeres. Además de una valiosa aportación al estudio del espacio teniendo en cuenta los valores, apreciaciones y necesidades diferenciadas entre hombres y mujeres, la geografía del género ha contribuido notablemente a la deconstrucción de teorías y estructuras que parecían intocables y, así pues, ha ayudado decisivamente a abrir nuevas miradas hacia el mundo.

Para saber más

- ALBET, Abel y Maria Dolors GARCIA-RAMON (1999). «Reinterpretando el discurso colonial y la historia de la geografía desde una perspectiva de género» en: Joan Nogué y José Luis Villanova (eds.). *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Lérida: Milenio; pp. 55-71
- BLUNT, Alison y Jane WILLS (2000). *Dissident geographies. An introduction to radical ideas and practice*. Londres: Guilford Pres.
- Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 14 (1989); 19-20 (1991-92); 26 (1996); 35 (1999); 49 (2007) [números monográficos sobre geografía y género]
- GARCIA-RAMON, Maria Dolors (1989). «Para no excluir del estudio a la mitad del género humano: un desafío pendiente en geografía humana», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 9; pp. 27-48.
- GARCIA-RAMON, Maria Dolors; Joan NOGUÉ y Perla ZUSMAN (eds.) (2008). *Una mirada catalana a l'Africa. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*. Lleida: Pagès.
- GARCIA-RAMON, Maria Dolors; Anna ORTIZ y Maria PRATS (eds.) (2014). *Espacios públicos, género y diversidad. Geografías para unas ciudades inclusivas*. Barcelona: Icaria.
- HARAWAY, Donna (1995). «Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial» en: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvencción de la naturaleza* Valencia: Cátedra; pp. 313-346.
- MASSEY, Doreen (1994). *Space, place and gender*. Cambridge: Polity Pres. [trad. cast.: «Espacio, lugar y género», *Debate feminista*, 17, 1998; pp. 39-46].
- MCDOWELL, Linda (1999). *Gender, identity and place. Understanding feminist geographies*. [trad. cast.: *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Cátedra, 2000].
- NASH, Catherine (2004). «Postcolonial geographies: spatial narratives of inequality and interconnection» en: Paul Cloke, Philip Crang y Mark Goodwin (eds.). *Envisioning human geographies*. Londres: Arnold; pp. 104-128.

- SABATÉ, Ana; Juana María RODRÍGUEZ y María de los Ángeles DÍAZ (1995). *Mujeres, espacio y sociedad: hacia una geografía del género*. Madrid: Síntesis.
- VAIOU, Dina (1999). «Repensant els enfocaments feministes en el medi urbà», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 35; pp. 73-85.
- WOMEN & GEOGRAPHY STUDY GROUP (Royal Geographical Society & IBG) (1997). *Feminist geographies. Explorations in diversity and difference*. Essex: Longman.
- WOMEN & GEOGRAPHY STUDY GROUP OF THE I.B.G. (1984). *Geography and gender. An introduction to feminist geography*. Londres: Hutchinson.